

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33, 7-9): *Te he puesto de atalaya.*

Salmo (94, 1-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 8-10): *Amará a tu prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Mateo 18, 15-20): *Allí estoy yo en medio de ellos.*

«La unión hace la fuerza». Este es un dicho muy extendido entre la gente y que choca con la tendencia de la sociedad actual, una sociedad tendente al individualismo, a despreocuparnos de los demás y donde se busca trepar pasando por encima de quien haga falta sin importarnos el precio.

Vemos que hay una serie de “personajes” que están medrando a través de la corrupción sin importarles lo más mínimo la gente que dejan atrás con sus pobreza y sus miserias. Vemos cómo día tras día una multitud de personas vienen huyendo de la miseria y de la muerte buscando una existencia mínimamente digna para ellos y para sus familias y jugándose la vida para alcanzar lo que ellos consideran el “paraíso europeo”, y lo único que nos preocupa son nuestras propias seguridades y miramos para otro lado ante las tragedias ajenas.

Por eso, la Iglesia nos llama a recordar que no somos individuos aislados, que, como Iglesia, debemos preocuparnos los unos de los otros, porque somos pueblo y como Pueblo de Dios tenemos que hacer presente en el mundo la unión íntima de las tres Personas divinas. Por tanto, quien se considere discípulo de Cristo no puede permanecer en el individualismo ni ser indiferentes ante el sufrimiento y los problemas de los hermanos.

El evangelio de este domingo, una vez más nos recuerda, que somos responsables los unos de los otros, que no nos puede dejar indiferentes la suerte de los demás y que nuestras asambleas de cualquier tipo son reuniones **«en nombre del Señor»**. Nos recuerda que solo cuando nos ponemos de acuerdo es cuando Él está en medio de nosotros. Por eso la frase con que iniciaba esta reflexión: **“la unión hace la fuerza”**, porque solo viviremos la fuerza del Espíritu cuando, de verdad, **«en nombre del Señor»**, estemos unidos y seamos responsables los unos de los otros.

Esta corresponsabilidad tiene que hacer que no se nos olvide que somos una comunidad, una Iglesia **«reunida en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»**, o sea que formamos una comunidad de amor abierta a los demás, así reproducimos la imagen de la Trinidad en esta tierra; y, estando abiertos los unos a los otros, tendremos que admitir la verdad de esas actitudes que el hermano me hace ver en su corrección, aunque esta verdad sea dolorosa, y, por otra parte, me hará corregir al hermano, *“a solas”* y sin prepotencias ni afanes de superioridad sino desde el amor que obliga a sentirme responsable de mi hermano.

Por eso, acudir a la corrección fraterna tiene sentido si lo hacemos desde una comunión de amor entre todos los hombres que tiene su fundamento en la comunión de los hombres con Cristo. De esta forma, así, incluso para hacer oración tendremos que ponernos de acuerdo; y cuando esa oración está precedida por el acuerdo entre los hermanos, Dios escucha nuestra oración.

También implica esto el ponernos de acuerdo para reunirnos en el nombre de Cristo Jesús, para que, hagamos lo que hagamos, lo hagamos en nombre de Jesús; entonces Jesús estará presente en medio de nosotros. Tendremos, por tanto, este encuentro con Jesús cuando seamos capaces de olvidarnos de nosotros mismos y centrar nuestras actividades, obras y palabras no para nuestra gloria, sino en el nombre de Cristo Jesús.

Y una comunidad que se pone de acuerdo para orar, una comunidad que se reúne en el nombre de Cristo Jesús es una comunidad marcada por el amor, porque el amor es el núcleo de la existencia cristiana. Ir al encuentro de Cristo Jesús es ir al encuentro de la manifestación del amor de Dios; y si podemos ir es porque Él nos amó primero y, habiendo experimentado el amor de Dios, es como podemos amarnos los unos a los otros. Amándonos, conoceremos a Dios porque **«Dios es amor»**.

Por ello pidamos al Señor que seamos capaces de amarnos **«de verdad y con obras y no solo de palabra y con la boca»**, porque así, en el amor auténtico habremos cumplido la Ley entera, porque, como nos recuerda san Pablo. **«El amor es la plenitud de la Ley»**.